

EL TESORO.

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y TEATROS.

8 REALES TRIMESTRE. INSTRUCCION—RECREO.—UTILIDAD. 15 REGALOS CADA MES

SUMARIO.—Juguetes literarios, por don J. M. Marin.
—Traducción de una poesía de Víctor Hugo, por don Antonio García Gutierrez.—Historia de una peseta, por don M. J. Ruiz.—Resignación, poesía, por don Joaquin Barasona y Candan.—Revista local, por Fierabrás.—La Golondrina y Ecuación, sonetos, por don Julio de Eguilaz.—Evelina, por la Baronesa de Wilson.—Miscelánea.—Charada.

JUGUETES LITERARIOS,

POR

J. M. MARIN.

DEDICATORIA.

A la muger que veo en mis sueños.

A vos, señora, cuyo dulce nombre,
Que dulce debe ser, ignoré siempre;
A vos, que en alas de la noche hermosa
Venís á verme y á besar mi frente;
A vos, que recogéis en vuestros rizos
Mi lloro amargo de nocturnas fiebres;
A vos, vision bendita de mis sueños,
Que nunca me dejáis, tierna y clemente;
A vos, que fuisteis ángel de mi cuna,
Y lo sereis del lecho de mi muerte;
A vos, que no me herís por desgraciado,
Y que nunca os cansáis de sostenerme;
A vos, á quien espera el alma mía
Sintiendo que no os halla y que se muere!
A vos, que sois la joya que he buscado
Solo encontrando *nécias* ó *cruelles*;
A vos, á quien daría, si yo os viera
Viva y real en mi camino ardiente,
Un tesoro de amor que guardo triste,
Que al fin se perderá, cual hoy se *pierde*;
A vos, la bella, la constante y pura,
La silenciosa y blanca, leve y muelle;
A vos, á quien saludo y á quien amo,
Y veré *mas allá*, con mejor suerte...
Estas flores os dá mi pensamiento
¡Las últimas tal vez que daros puede!

I.

Las estrellas.

¡Salud, chispas de la gloria!
Vosotras sois el polvo que los querubes
de la noche levantan al marchar!

¿Cuando alguna de vosotras tiembla,
es que os conmueve el ala de un Serafin?

¿Cuando alguna de vosotras palidece,
es que pasa sobre ella el soplo del Eterno?

¿Cuando alguna de vosotras desaparece
de pronto, es que la coje para jugar
con ella la Mano Omnipotente?

Misterios!

¡Cuánto adoro vuestros rayos!

En algunos creo ver el de las pupilas
de la mujer que amé.

En otros, yo no sé qué creo ver... que
me echo á llorar.

En otros, en fin, hallo consuelo y esperanza;
pues al verlos tan puros, tan ricos
de luz y de hermosa magestad, prorrumpo
alborozado: «Dios existe: existe y está
allí!»

Y creo.

Y espero.

Porque Él es el áncora suprema, infalible,
de todo desgraciado!

Adios, topacios de la altura, polvo de
orbes!

¡Bendito sea vuestro Creador!

II.

Una cabeza de muger con flores.

Una cabeza femenil orlada de flores es
un conjunto enloquecedor; una tentación
mortal, un vaso perfumado que exhala

fuego; un compuesto, en fin, de luz, de nieve, de ébano ú oro, de aroma y de frescura!

Si fuera pintor, si en vez de una pobre pluma, tuviera á mi disposicion un pincel abrasado de santa y potente inspiracion, me pondría ahora mismo á trazar sobre un lienzo, la cabeza de una muger que tengo en la mente.

Para consolaros de esta pérdida os aconsejo que veais la de Fornarina pintada por Rafael, ó la de Cleopatra esculpida en los camafeos antiguos por génius desconocidos.

Las dos están coronadas de flores: la de la Fornarina, como cuando la vió su amante á las puertas de su horno de Roma: la de Cleopatra, como cuando cenaba con César, bajo la tienda imperial, en el campamento de Brindis.

Amadores! cuando tengais entre las manos una así, añadidle con vuestros lábios una flor mas; la del Amor.

No la ciñais mas que una, no sea que os muerda.

Acordaos que la traicion es nombre femenino.

III.

Un duende.

Un duende!

¿Quién no ha oido hablar de alguno?

¿Quién no ha oido hablar de esa figurilla de una tercia, calcinada de maligna actividad, de ojitos como dos cuentas de un rosario, de mano y pié de miniatura, cuya nariz es como un piñon sin cáscara, la boca como un pedacillo de hilo rojo, los dientes como blancos granos de mostaza, y cuya fuerza es incontrastable, su poder omnímado, su proteccion inmensa, y su venganza infernal?

Ninguno.

Porque todos han sido niños; pocos no han tenido nodrizas, y menos aun se habrán librado de esta palabra, enigma maravilloso y terrible para la infancia: *los duendes?*...

Antiguas crónicas conservan consignados en sus pergaminos las clases de trages del predilecto uso de esos Espíritus.

Son:

El hábito del fraile.

El vestido completo y elegante de la época en que se dejan ver.

El ropage chino, con bordados y campanillitas de plata.

El de marinero.

Y el de soldado.

Consta tambien que á mas adoptaban disfraces, cuyo número es infinito como hijos de su imaginacion diabólica.

Si quereis mas datos yo os guiare.

Nodier ha inventado á *Tribby*.

Leelo.

En cuanto á mí desearía ser duende para trasladarme todas las noches junto á la almohada de ciertas mugeres, y decirles al oido muy de quedito:

—Qué número toca á vuestro capricho de hoy?

IV.

La bailarina.

El teatro está lleno...

Centellean los gemelos, crujen los abanicos, tiemblan las flores, susurran los diálogos, irradian las luces...

Se oye una señal...

El movimiento y el ruido cesan: solo quedan silencio y claridad.

Levántase el telon!

El palco escénico aparece desierto.

Fluyen los acordes de la orquesta.

De pronto salta *una cosa* en las tablas.

Una cosa que vuela, que sonríe, que deslumbra, que conmueve, que abrasa; una cosa parecida á un ángel de placer y de encantos; la creacion de un sueño del hatchis; una sombra compuesta de brillantes y azucenas; una hada, la fantasma de un lago, una vision que enloquece y mata...!

Es la bailarina.

La bailarina, medio desnuda, ceñida de perlas y tisú.

Lleva en sus ojos la bruma del deleite,

en su pecho la agitacion de la carrera, y en su corta y hueca falda las auras de la locura.

Baila.

Baila, y su talle de sierpe, con escamas argentadas, enlaza en anillos ardientes las almas que se pierden contemplándola.

Baila! y sus piés de niña hacen sentir presiones magnéticas en los corazones que palpitan fascinados.

Las mugeres palidecen.

Los hombres suspiran.

Cae el telon.

Adios, *Fanny!* Adios, *Carlota!* Adios, *Lola!*

Un poeta. — ¡Voy á darle á esa muger mi sangre toda por una mirada!

No vayas, pobre poeta! no la obtendrás!

Un viejo millonario y sórdido. — Voy á comprar á esa muger, toda, por un billete de banco... sin ejemplar...!

—Vé, viejo: tuya és.

(*Se continuará.*)

TRADUCCION

DE UNA POESÍA DE VÍCTOR HUGO.

Ya brilla la aurora fantástica, incierta,
velada en su manto de rico tisú:
¿por qué, niña hermosa, no se abre tu puerta;
por qué cuando el alba las flores despierta,
durmiendo estás tú?

Llamando á tu puerta diciendo está el día:
Yo soy la esperanza que ahuyenta el dolor;
el ave te dice: Yo soy la armonía.
Y yo suspirando te digo: Alma mía,
yo soy el amor.

Antonio Garcia Gutierrez.

HISTORIA DE UNA PESETA,

CONTADA POR ELLA MISMA.

Hija de legítimo matrimonio, lo cual quiere decir que en mi *concepcion* no han tenido parte el fraude ni el contrabando, y

nacida en la Casa de moneda de Sevilla, mi existencia ha sido hasta el presente una no interrumpida série de antitéticas emociones, de las cuales el mayor número pertenece á las tristes y desgarradoras que no podemos menos de experimentar ante el negro cuadro de las desventuras que afligen á la humanidad.

Yo, á semejanza de la impúdica meretriz, he prodigado mis favores á cuantos ocupan la escala de las gerarquías sociales: he sido objeto de las apasionadas caricias de unos, de los frios halagos de otros, del desden de pocos, de la codicia de muchos: he enjugado, aunque momentáneamente, las lágrimas de algunos, y he proporcionado á otros pasajeros goces: por mi causa, lo confieso sin rubor, no ha faltado quien haya ido á parar á los establecimientos correccionales, ni tampoco quien haya cometido todo género de bajezas. Un día he sido el ángel de la paz; otro, el demonio de la discordia: unas veces he sido causa de acciones buenas, y otras he servido para cosas reprobadas. He producido lágrimas y risas, he brindado placer y desesperacion, he servido, en fin, tanto para objetos útiles cuanto para cosas superfluas.

Abandonada por mi padre, el Estado, poco despues de haber salido del seno de mi madre, la máquina en que me acuñaron, fuí á parar desde la Tesorería á la casa de un comerciante; hombre-número que ó no tenía corazón, ó que si lo tenía estaba alojado en su cabeza.

En pago de una letra, y confundida con otras de mi especie, pasé al palacio de un potentado que me arrojó con desden en el fondo de una arca de hierro, donde permanecí ignorada unos cuantos dias, hasta que en recompensa del penoso trabajo corporal que durante un dia había prestado un infeliz padre de seis criaturas, fuí dada á éste, que me recibió con trasportes de alegría.

Una vez en el miserable hogar del trabajador ¡con cuánto cariño fuí tratada! Hubiérase dicho que aquella desgraciada

familia veía en mí una especie de Providencia. Yo estaba orgullosa y satisfecha de mí misma, porque presentía que iba á servir para algo bueno. Y efectivamente, el honrado trabajador se desprendió de mí en cambio de unos panes, que sirvieron para calmar en parte el hambre de sus seis hijos.

De casa del panadero fui á parar á la de uno de esos hombres que viven en medio de una perpétua orgía, el cual me destinó, con otras cuantas compañeras, á satisfacer sus torpes complacencias en no sé qué asqueroso burdel en cuya atmósfera me ahogaba.

Ya en poder de una de esas pobres mujeres cuya existencia agosta prematuramente el noto abrasador del deleite, ¡de cuántas miserias y liviandades fui testigo! Me ruborizo aun al recordarlo! Pero afortunadamente no tardé en salir de aquella casa, pasando á ser propiedad de un hijo de Hipócrates, que en vano trataba de aminorar los estragos que habia causado el vicio en el cuerpo de aquel ángel caído.

Luego, sin saber cómo, me encontré en el bolsillo de un pollo, el cual me prodigó grandes caricias durante los cuatro días que gastó en resolver en qué habia de invertirme. La codicia le impulsó á llevarme á un miserable tugurio, donde, arrojada sobre el verde tapete, fui á dar compañía á otras de mi especie que rodeaban una *sota*. Cien ojos se fijaron en mí, y, lo confieso, me avergoncé de verme entre aquella *turba*. Tres minutos despues pasé, *legalmente* por supuesto, á ser propiedad del *banquero*.

Desde el bolsillo de este honrado *industrial* fui á parar al de un agente de policía, sin saber cómo ni por qué; luego al hogar de una *recatada* viuda, la cual me dejó, en cambio de no sé qué esencias, en una perfumería, en vez de haberme llevado á una tienda de comestibles: del cajon del perfumista pasé al deshabitado bolsillo de un gacetillero, al que proporcioné el gusto de asistir dos noches al café-teatro del Recreo; y de aquí en adelante han

sido tantas y tan dramáticas las peripecias de mi existencia, que el relatarlas sería larga y penosa tarea.

Ignoro la suerte que me estará reservada, si alguna vez se rompen para mí los candados bajo que me tiene aprisionada en la actualidad el miserable avaro á cuyo poder he venido á parar para colmo de mis desventuras....

Merced á mi larga correría por el mundo, he llegado á comprender que una pobre peseta como yo vale mucho, especialmente en los tiempos que alcanzamos; que D. Dinero, á cuya familia tengo la desgracia de pertenecer, es la poderosa llave que abre todas las puertas, la escala por donde se sube á todas partes, la palanca que remueve todo linage de obstáculos, el agente que determina la comisión de muchos crímenes y la realización de no pocas bajezas, el ídolo, en fin, ante cuyo pedestal se prosterna la ambiciosa humanidad.

Si me fuera lícito revelar la historia secreta de mi familia, desde el mezquino Ochoavo hasta la poderosa Onza de oro, ¡cuántas cosas repugnantes y escandalosas pudiera yo sacar á relucir!

Pero estas cosas deben callarse, siquiera por no sonrojar á la humanidad.

M. J. Ruiz.

RESIGNACION.

Tras del hermoso y cristalino manto que cual leve cendal brilla en la tarde, onjas de luz de indefinible encanto, del sol que muere postrimer alarde, se aproxima llenándonos de espanto la triste noche, y en sus sombras arde, cual si saliera á despedir al día, de un lucero la luz que dulce envía.

Crecen luego las sombras apiñadas y en el límpido azul del firmamento mil estrellas se miran derramadas, fanales con que Dios orna su asiento. Al lejano rumor de las cascadas y al eco blando de apacible viento, solo se une el fúnebre graznido que ave nocturna lanza dolorido.

Es de otoño esta noche misteriosa,
melancólica y triste cual ninguna;
gime el aura entre flores vagarosa,
y opaca y ténue luz vierte la luna.
A su incierto brillar, muger hermosa,
rica de encantos, pobre de fortuna,
se vé llegar con vacilante planta
junto á una cruz que erguida se levanta.

—
Recuerda aquella cruz al caminante,
pues al borde se alza de un camino,
la triste historia de infeliz amante,
víctima del furor de un asesino.
La incógnita muger, tras un instante
de lamentar su bárbaro destino,
besa la cruz humilde y solitaria
y eleva al cielo nística plegaria.

—
Es la oracion un aura bienhechora
que del dolor las llagas cicatriza;
ella dulces consuelos atesora
y los males amengua y neutraliza.
Si alivio siente el que sus penas llora
cuando la suerte infausta lo esclaviza,
mas grande y mas hermoso es el consuelo
de aquel que ruega con fervor al cielo.

—
Por eso aquella jóven sin ventura
que viene á visitar la cruz sagrada
dó el ídolo perdió de su ternura,
que su dulce ilusion fué mas preciada,
dando tregua un instante á su amargura
eleva á Dios su angelical mirada,
y al invocar su nombre sacrosanto
borra su angustia el manantial del llanto.

—
¡Pobre Carlota! la maldad impía,
al impulso de pèrfidas pasiones,
deshizo en luctuoso y triste día
tu esperanza, tu amor, tus ilusiones.
La cadena de flores que os unía
rompió sus movedizos eslabones,
y del mundo en el mar, pequeña ola,
para sufrir por él quedaste sola.

—
Pero sola no estás... Dios te acompaña.
Tu semblante, que envidia la azucena,
una luz divinal y hermosa baña,
que tu amargura y tu dolor serena.
¡Es la resignacion! De inmunda saña,
tortolilla inocente, no estas llena.
¡Dichosa tú que sabes las espinas
trocar en flores puras y divinas!

Joaquin Barasona y Candan.

REVISTA LOCAL.

Nada mas natural, amigo director de
EL TESORO, que comenzar la revista de la

semana que acaba de trascurrir enviando
sinceros plácemes á la ilustrada junta di-
rectiva del *Circulo de la Amistad* por su
feliz acuerdo de celebrar este año en sus
magníficos salones, esa brillante fiesta li-
teraria que conocemos con el nombre de
Juegos florales y que tan alto ha colocado
el nombre de nuestra provincia y propor-
cionado á sus vates ocasiones en que des-
plegar las alas de su inspiracion.

Y en verdad que nada mas propio de
una sociedad que se engalana con el tí-
tulo de *Liceo artístico y literario*.

Ya sabe V. que los asuntos designados
por la Academia de Ciencias, á cuya cor-
poracion acudió aquella sociedad con es-
te objeto, son: En el género religioso, una
oda á la *Resurreccion del Señor*; en el his-
tórico, un romance conmemorativo de los
hechos de *D. Alonso de Aguilar*, y en el
de costumbres, una poesía descriptiva,
con libertad de metros, á *La primavera en
la Sierra de Córdoba*.

En este certámen podrán tomar parte
así los poetas hijos de Córdoba y su pro-
vincia, como los residentes en ella. Usted,
que conoce el lujo casi oriental con que
el *Circulo de la Amistad* celebra todas sus
fiestas, puede suponer el que desplegará
en esta solemnidad literaria, para la que
se aprestan ya nuestros jóvenes é inspira-
dos vates, ansiosos todos ellos de recibir
de manos de las bellas que constituyan el
Tribunal de Amor, las flores con que se-
rán premiados los trabajos de los vence-
dores en esta provechosa lid de la inteli-
gencia.

En la noche del Miércoles último inau-
guró sus trabajos con un brillante con-
cierto la nueva sociedad nominada *Sala
de Rosini*, establecida en el piso principal
de la casa núm. 4 de la calle Arco-Real,
y de la que es digno presidente el señor
don Felicísimo Maraver.

Con decir que tomaron parte en tan
brillante fiesta los distinguidos aficiona-
dos señoras Arnau y Ravé de Martinez y
señores Martinez y Conde (don Ramiro) y
los inteligentes artistas señores Huguet,

Lucena, Fragero, Rey y Espejo, se comprenderá que el éxito del concierto no pudo menos de colmar con exceso las esperanzas que la lectura del programa de aquel había hecho concebir á la escogida y numerosa concurrencia que llenaba literalmente el salon donde la fiesta se verificaba.

Basta decir que todos, aficionados y artistas, estuvieron verdaderamente inspirados, para formarse una idea, siquiera sea pálida, del entusiasmo con que fueron recibidos sus trabajos y de la merecida ovacion que alcanzaron.

La señora Arnau es una de esas organizaciones artísticas, permítasenos la frase, que en los recursos de su inspiracion nagotable encuentran siempre un nuevo encanto con que sorprender y entusiasmar á cuantos tienen el gusto de escuchar los torrentes de armonía que brotan de sus lábios.

La señora Ravé de Martinez tiene algo de maga cuando haciendo resbalar sus dedos sobre las cuerdas del arpa con esa difícil maestría y ese inimitable buen gusto que tan envidiable reputacion le han conquistado, sabe arrancarles sonidos mágicos que ejercen una verdadera fascinacion sobre el ánimo de cuantos los escuchan.

El lindo teatrillo construido en la *Sala de Rosini* hace honor al pincel del aventajado artista señor Hernandez de Tejada, que en esta y en otras obras ha acreditado su buen gusto y sus estensos conocimientos en el divino arte de la pintura.

Damos al señor Maraver la mas cumplida enhorabuena por el feliz éxito que en la inauguracion de sus trabajos ha tenido la nueva sociedad por él organizada y que promete proporcionar muy deliciosos ratos á los amantes de la música.

Otra fiesta, semejante á la anterior, tuvo lugar la noche del Viernes en los suntuosos salones del *Circulo de la Amistad*, en la que, á escepcion del señor Conde, tomaron parte los mismos apreciables

aficionados y artistas que en la celebrada en la *Sala de Rosini*.

Describir el aspecto que ofrecía en la espresada noche el local en que se halla establecida aquella sociedad, especialmente el soberbio salon donde tuvo lugar la fiesta, sería imposible hacerlo dentro del espacio de que podemos disponer en las columnas de *El Tesoro*.

Figuraos uno de esos fantásticos palacios descritos en *Las Mil y una noches*, radiantes de luz, henchidos de perfumes y poblados de hadas, y tendreis una idea, aunque imperfecta, de lo que fué en la noche del Viernes el *Circulo de la Amistad*.

Cuanto de bello y elegante encierra Córdoba, allí se veía reunido en aquella noche de plácidas emociones.

Los aplausos y los bravos tributados á los que tomaron parte en el concierto fueron atronadores y continuos; y en verdad que bien lo merecieron, por la consumada maestría con que cada cual, señoras y caballeros, desempeñó la parte que en el programa le estaba asignada.

Como era natural que sucediese, á la música y al canto siguió el baile, prolongándose la danza, en medio de las expansiones de la mas cordial alegría, hasta que los primeros tibios reflejos de la aurora anunciaron que era llegada la hora de abandonar aquella mansion encantada, donde mas de un corazon masculino fué abrasado por el fuego de alguna mirada femenina.

Afortunadamente parece que en la próxima cuaresma se verificarán en el *Circulo* una ó dos reuniones como la del Viernes, con motivo de los conciertos sacros que se disponen, y esto nos proporcionará el gusto de volver á disfrutar horas tan deliciosas como las de la noche del 21.

La sociedad cordobesa parece dispuesta á entrar en un período de febril agitacion, y esto nos indemnizará sobradamente de los malos ratos que nos ha hecho pasar el abrumador quietismo en que venía vegetando.

Fierabrás.

LA GOLONDRINA.

¡No ves como esa pobre golondrina,
 Cuando á la tierra el sol niega su lumbre,
 Se oculta de tu casa en la techumbre,
 Triste y callada en soledad mezquina?
 Su dulce amor con ella no camina
 Por el mar, por los campos ó la cumbre,
 Muerto su corazón de pesadumbre
 Tan solo al llanto el misero se inclina.
 Yo así, cuando me dejes en mis penas,
 Evitaré las glorias y las flores,
 Atormentado en ásperas cadenas.
 No alumbrarán risueños resplandores
 Mis lentas horas de disgusto llenas,
 Y lloraré en silencio mis amores.

ECUACION.

¡Amantes, atención! y vá de cuento.—
 Un padre, como hay muchos, cierto día,
 En probar de sus hijos el talento,
 Ante su esposa fiel, se complacía.
 Un vocablo cualquiera profería,
 Instándolos despues á que al momento
 Hallásen otro que expresar debía
 En nueva forma el mismo pensamiento.
 Búscame, dijo á Luis, una palabra
 Sinónima de amor. Duda el muchacho
 Y dá tormento á su inseguro juicio:
 Mas ántes que á su vez los lábios abra,
 Su madre, por sacarle del empacho.
 Le apuntó á la sordina: ¡Sacrificio!

Julio de Equilaz.

EVELINA.

TRADICION ALSACIANA.

Situada en la falda de una colina, y cerca de las minas de plata de *Santa Marta* se veía una casita blanca, habitada por un minero laborioso é inteligente llamado Leoncio.

Aislado completamente, su único júbilo, su sola felicidad consistía en admirar á su hija, la rubia Evelina.

Cuando los ojos azules de la niña se fijaban en Leoncio, le parecía que no podía aspirar á dicha mayor, y elevaba al cielo una ferviente plegaria en acción de gracias.

La explotación de la mina adelantaba, protegida, según los naturales del país, por el rey de los enanos, á quien miraban como su génio tutelar, y entre los que más le respetaban se contaba el padre de Evelina, pues según él, los enanos eran los protectores de la Alsacia.

Cuántas veces al encontrarse los sencillos aldeanos con exquisita manteca, queso fresco y sabrosa miel sobre su mesa, exclamaban:

—¡Benditos seáis, benéficos génios, que no solo nos ayudáis con vuestros consejos, sino que hasta nuestros alimentos los debemos á vuestros cuidados!

La creencia popular era que los enanos habitaban en la montaña, en cabañas de cristal, con muebles de plata labrada.

Sus ojos eran brillantes y hermosos como luceros, y su voz era tan dulce y armoniosa como el canto del ruiseñor.

Si bajaban á la llanura, presagiaban algún acontecimiento feliz, y si visitaban la morada de los mineros ó labradores, éstos creían tener asegurada durante aquel año la felicidad.

Un día, al volver Leoncio á su casa, encontró á Evelina, pálida y conmovida.

—¿Qué tienes, hija mía, le dijo; qué motivo hace palidecer tu frente y entristecer tus ojos?

—¡Oh, padre mío! una gran desgracia; escuchad: esta tarde me paseaba á orillas del arroyo, respirando el ambiente perfumado por los frutos y las flores, recogiendo silvestres florecillas, cuando por entre los árboles ví salir al rey de los enanos.

—¿Al rey de los enanos? exclamó Leoncio.

—Sí, padre mío: salud, me dijo, encantadora criatura; hace días que te aguardaba.

—¿A mí? le repliqué.

—Sí, porque te amo, y quiero depositar á tus pies mis inmensas riquezas: solo te pido, en cambio, que seas mi esposa y vengas á habitar mi palacio.

—¡Imposible! le dije: yo amo á Gusta-

vo; mi padre aprueba mi amor, y pronto me uniré á él.

Una lágrima rodó por la mejilla del enano, y desapareciendo entre los árboles, me dijo:

—Piénsalo bien, Evelina, porque si no Dios sabe lo que puede suceder.

—Tranquilízate, hija mia, y no temas: será preciso que te cases cuanto antes con Gustavo, á fin de que de ese modo se eviten las persecuciones del soberano de la montaña.

Leoncio, en su actitud, desmentía la calma que quería aparentar, pues el sobresalto estaba pintado en su rostro.

Pasaron algunos dias: do quiera que la jóven se encontraba, allí aparecía el enamorado enano; pero ruegos, ofertas, todo fué inútil.

El mismo dia que Evelina se unió con Gustavo, terraplenó su ofendido amante y cegó las ricas venas de plata de la mina de *Santa María*.

Sin embargo, se presentó en casa de Evelina, y como obsequio de boda y recuerdo de su amor, la regaló una preciosa rosa de plata, y sin dirigir una palabra se retiró para siempre al interior de la montaña, lleno de dolor.

Desde entonces nunca se ha visto mas á los enanos, y solo de cuando en cuando se oye el martillo resonar en las rocas, hasta el dia en que, segun los alsacianos, vuelvan á reconciliarse con la raza humana y se abran de nuevo los ricos venenos de plata.

Los descendientes de Evelina han conservado la rosa, la que abresu corola cuando presagia algun venturoso acontecimiento en la familia, y la cierra si es adverso; añadiendo la tradicion que Gustavo murió al año de matrimonio, y que la misma suerte tuvieron sus hijos, y los hijos de sus hijos, sin que se pueda averiguar su enfermedad.

La Baronesa de Wilson.

MISCELANEA.

Hoy comenzamos á insertar los lindos artículos que bajo el modesto título de *Juguetes literarios* nos ha remitido nuestro laborioso colaborador don Juan Manuel Marin, los cuales estamos seguros serán del agrado de nuestros lectores.

*

* *

Damos las mas espresivas gracias á los dignos presidentes del *Circulo de la Amistad* y de la *Sala Rosini* por la atencion que han tenido de enviarnos, como á los demás colegas locales, billetes para las fiestas que han celebrado ambas sociedades y de las que nos ocupamos en otro lugar de este número.

*

* *

—¡Ay, don Crispulo! buen trago vengo á darle!

—¿Qué se ofrece?

—Que van á ascenderlo á vago porque de pleitos carece.

—Pues ya no reza conmigo ese ascenso, don Licer, porque siempre estoy, amigo, de pleitos con mi muger.

*

* *

Sobre la *tisis* disputan un *Dómine* y un Doctor. Uno lidia entre *tinieblas*, el otro á la luz del sol.

*

* *

Damos la mas cordial enhorabuena á nuestro estimado amigo don Victor Caballero y Valero, director de la *Revista Gaditana*, por el satisfactorio éxito que ha obtenido en su estreno en uno de los teatros de Cádiz su comedia en un acto y en verso titulada *Francisco Montes*. El señor Caballero y Valero fué llamado dos veces á la escena durante la representacion de su obra y obsequiado con una linda corona de laurel.

*

* *

Se nos ha remitido la siguiente solucion á la charada inserta en el número anterior:

Aspirando de una rosa
la esencia rica y preciada;
me acordé de tu charada
al ver una MARIPOSA.

Brabra.

Jerez, 20 de Febrero.

*

* *

CHARADA.

Primera y segunda, nutre;
segunda y primera, reza.
En mi casa de mi *todo*
quisiera tener noventa.

Bertoldo.

Editor responsable, D. Abelardo Diaz.

CÓRDOBA:—1868.

Imprenta de *El Guadalquivir*, Pescadores, 17.